Ya no se admite Adobe Flash Player

EDUARDO ROJAS ÁVILA: EL ENORME LEGADO QUE NOS DEJARA UN GRAN PATRIOTA, HOY EN LO ALTO

-Ingresado el 13 de junio de 2006-

EL LUNES 20 DE JUNIO DE 2005, LA CORPORACIÓN DE DEFENSA DE LA SOBERANÍA Y LA FAMILIA DEL NACIONALISMO CHILENO PERDIMOS A UNO DE NUESTROS MIEMBROS MÁS QUERIDOS Y RESPETADOS: EDUARDO ROJAS ÁVILA. AFECTADO POR UNA CRUEL ENFERMEDAD QUE ACABÓ POR ARREBATARLE LA VIDA, ESTE CONNOTADO PATRIOTA, EXPLORADOR Y MONTAÑISTA, DEJÓ TRAS SÍ UN LEGADO DE TRABAJO Y LA MEMORIA DE UNA EXISTENCIA DE ENORME VALOR PARA QUIENES NOS SENTIMOS CONTINUADORES DE SU OBRA Y PARTÍCIPES DE SU INMENSO AMOR POR CHILE. ESTA ES LA HISTORIA DE ESTE HOMBRE EXTRAORDINARIO.

****



Eduardo Rojas Ávila
5 de diciembre de 1926 - 20 de junio de 2005
(Imagen: 25 de septiembre de 2002)

Parte I: La vida de un gran chileno 

Para quienes llegamos a conocer a Eduardo Rojas Ávila, se nos dificulta hablar de su persona sin sentir ese gusanillo doloroso escarbando en la garganta.

Y es que su muerte, aun siendo esperada casi como un conteo regresivo, dejó entre sus amigos, familiares y camaradas un vacío que difícilmente podría ser llenado, inmensamente mayor que aquel nicho que su pequeño cuerpo -ya débil y contraído- ocupara en el último adiós dado por sus seres queridos, pues era una de esas presencias irremplazables; uno de esos personajes únicos que inspiran, que dan fuerzas, y a los que se recurre cuando necesita la seguridad y la certeza de una voz autorizada.

Hombre de profundas convicciones cristianas, luchador y atento con sus visitantes, Eduardo Rojas amó este país más que a su vida misma. Sólo la entrega y la abnegación que demostró por su familia, a su distinguida esposa doña Dina Morales y a sus hijos, se equipara al sentimiento que le ligaba a nuestro Chile, a su historia, a sus héroes y a su soberanía.

Reputado miembro del selectísimo e histórico grupo de antiguos deportistas del *Club Social y Deportivo Juan Ramsay*, encarnaba

el patriotismo de los conservadores y los nacionalistas de antaño, esos que eran capaces de hacer su vida con vehemencia ya sea en finos salones de aspecto victoriano o en la naturaleza más salvaje e indómita. Siempre estuvo disponible para la batalla y jamás se excusó de indisposición, pues Chile era lo primero en sus intereses.

Eduardo Rojas tenía, además, una cultura y educación vastísimas; amaba la música, la literatura y el contacto directo con el paisaje y la geografía. En casi diez años, jamás le oímos una mala palabra o una expresión soez. Su hogar, ubicado en Macul, era un escenario de entretenidas tertulias, en las que participaban con frecuencia familiares y amigos. Como se podría esperar, las experiencias y aventuras de don Eduardo eran las historias más sabrosas y cautivantes de estos encuentros.

Sin embargo, Rojas Ávila siempre prefirió la austeridad y procuraba mantener para sí un bajo perfil, pues la sobrexposición chocaba con su personalidad modesta y apacible, que gozaba en la placer de lo sencillo. Rechazaba la frivolidad y la exhibición gratuita. Como dijera R. W. Emerson: *"decidí hacerme un hombre rico, haciendo que mis necesidades fueran pocas"*.

Su voz pausada y suave contrastaba con la fortaleza de su espíritu y de su propio cuerpo. Ascendió en innumerables ocasiones cumbres tales como el Aconcagua y el Tupungato, convirtiéndose en toda una autoridad del andinismo nacional. Las marcas de los climas agrestes habían dejado huellas en su piel, curtida a Sol, a lluvia y a nieve por tantas odiseas y hazañas. No por nada consideraba que las montañas eran el más grande tesoro de la naturaleza y la prueba más elocuente de la generosa majestuosidad de Dios. La hostilidad de los elementos que enfrentó en sus aventuras le habían dejado la piel curtida y oscurecida, como el respetable registro de varias odiseas.

Ofrendado a estas actividades, recorrió quebradas, valles casi inexplorados y cuencas agrestes, admirando cada rincón de la Creación. Conocía, así, perfectamente nuestra geografía y esto, unido a la notable capacidad de retención de su memoria, lo hacían una fuente vital para quienes trabajamos defendiendo nuestro territorio y nuestra soberanía nacional.

Parte II: La obra de un gran patriota 

Don Eduardo vivía también en una lucha por los principios más nobles del ser humano. Altruista y aguerrido, no temía enfrentar los desafíos que la defensa de la Patria demandaran, incluso cuando todo los vientos soplaran en contra.

Su visión de una integración positiva y necesaria con la vecindad americana se estrellaba con los abusos y los atropellos a los límites chilenos, producto de políticas entreguistas y de experimentos fallidos de unidad cimentada sobre el sacrificio territorial de Chile. No fue por casualidad, entonces, que hacia 1991 se incorporara al Directorio de nuestra Corporación de Defensa de la Soberanía, de cuya mesa directiva sólo salió perdiendo la vida, como un soldado de punto fijo en su trinchera.

Al respecto, vale destacar que sus conocimientos como explorador y montañista nos resultaron fundamentales para preparar nuestra defensa ante las controversias de Laguna del Desierto y Campo de Hielo Patagónico Sur. En algún momento de las actividades de difusión que se sostuvieron contra el Acuerdo Parlamentario de 1998, Rojas Ávila fue uno de los pilares de la información que usaron los detractores del proceso para intentar impugnarlo y renunciarlo públicamente.

Con una visión extraordinaria y una comprensión total de la realidad, Eduardo Rojas nos anticipó con profético acierto que Chile resultaría perjudicado por los tremendos errores cometidos en el campo diplomático para abordar ambos litigios, y de los que sólo expertos a su nivel estaban en condiciones de prever y advertir de manera tan temprana. Por eso es que nuestra Corporación tenía publicados esquicios sobre el resultado final del fallo arbitral para Laguna del Desierto cuando aún faltaba un año para que éste fuera decidido, pues logramos adivinar cuál sería el criterio priorizado por los jueces, precisamente por las observaciones y conclusiones a que arribó Rojas Ávila a partir de la Declaración de 1991 comparada con la realidad geográfica que él conocía perfectamente.

Llegó a detallar taxativamente lo que iba a suceder a partir de los fatales acuerdos suscritos entre La Moneda y la Casa Rosada por esos días, permitiéndonos con ello realizar las advertencias que fueron publicadas en esos días, entre otras, un emplazamiento público que dejó expuesto al entonces Ministro de Relaciones Exteriores de Chile como un verdadero ignorante de la situación geográfica en que realmente se estaba trabajando, generando una controvertida polémica. El desastre de 1994 y la entrega de territorio patagónico chileno a la República de la Argentina vinieron a confirmar sus peores (pero certeros) pronósticos.

La clarividencia de Eduardo Rojas no terminó allí: al año siguiente, nos advirtió también que la Argentina sería incapaz de cumplir con los acuerdos del Protocolo Gasífero firmado con Chile, afirmación desde la cual construimos nuestra visión crítica de los acuerdos energéticos entre ambos países, pionera y quizás, única entre las corrientes de opinión pública de la época. Nos instó en el directorio a asumir también el tema de estos acuerdos, sobrepasando lo estrictamente territorial, que era nuestro tema hasta ese momento. Así, desde 1999, nuestra página web era la única que hacía esta advertencia en todo Internet, precisamente por esta sugerencia: el abastecimiento de gas argentino sería un fracaso.

Como don Eduardo conocía con precisión, también, la situación comercial interna del vecino país, de sus matrices energéticas y de sus carencias intestinas, pronosticó que el acuerdo de abastecimiento sería violado en una década. Y así ocurrió, exactamente, diez años después, dándonos el privilegio de ser la única organización que advirtió a tiempo de este desastre y con tan extraordinario acierto, como recordarán nuestros lectores de aquellos años. Como era de esperar, hasta aquella ocasión, él y sus imitadores habíamos sido objeto de críticas y hasta burlas por parte de algunos de los mismos gnomos que, después, guardarían

vergonzoso y cínico silencio ante el desacato de esos acuerdos por parte de la Casa Rosada, tal cual lo previó nuestro Director.

Cabe advertir, en este punto, que Eduardo Rojas creía que los enlaces comerciales eran el peor mecanismo para cimentar la confianza y la integración entre los países, pues sólo generaban discrepancias y discordias... ¡Cuánta razón tenía!
Durante todo el año 1998, también participó activamente en nuestros encuentros, demostrando con pruebas irrefutables los graves errores del proyecto de acuerdo parlamentario para alterar la frontera en Campo de Hielo Patagónico Sur. Recordando la conocida promesa chileno-argentina del *Cristo Redentor*, respecto de que *se despeñarán las montañas antes que se rompa la paz allí jurada*, no titubeó en preguntar públicamente y sin afán de escandalizar: *"¿Y si algún día cayeran las montañas?"*. Así lo estampó en una de sus elocuentes cartas, hechas públicas en el transcurso del año 2000.

Ese mismo año, asesoró a quienes presentamos nuestros reparos al Tratado de Integración Minera Chileno-Argentino, pues, como experto conocedor también de la geografía andina, sabía perfectamente los perjuicios ambientales y las alteraciones al medio natural que estas actividades podrían acarrear, algo que ha quedado demostrado con la formalización del proyecto Pascua-Lama, cinco años más tarde. Habría sido imposible para nosotros completar gran parte de la información presentada entonces, si no fuera gracias a Eduardo Rojas, siempre disponible y atento para todos quienes buscaban orientación sobre estos temas.

Parte III: La partida de un gran hombre 

> *"Considero que la vida en este mundo es un don y una bendición de Dios. La muerte es inevitable y pone fin a la existencia terrena, pero desde la fe y la razón, creo que abre el camino a la vida que trasciende en otra dimensión".* (Palabras de Eduardo Rojas)

Pero la fortaleza física de Rojas Ávila, lamentablemente, estaba quedando atrás de la fortaleza de su alma.

En abril del año 2002, durante una comentada presentación de nuestra Corporación de Defensa de la Soberanía en los estudios de Radio *José Miguel Carrera* de Santiago, don Eduardo confesó al resto del directorio que estaba siendo afectado por una enfermedad degenerativa y que debía, por esta razón, asistir a terapias periódicas. Aunque no se sospechaba aún del alcance que este progresivo mal pudiese tener, se advertía en él una pequeña cojera y una dificultad para desplazarse, cosas que, sin embargo, aparentaban ser sólo pasajeras en un hombre con el currículo de deporte y energía como el suyo. Aun así, su intervención en el programa radial fue notable, siendo felicitado por radioauditores en los días que continuaron a aquel ciclo de cuatro semanas. En los meses siguientes, continuó siendo consultado por periodistas e investigadores.

Sin embargo, la situación de salud de don Eduardo no se revirtió. Por el contrarió, comenzó a decaer cada vez más. Por primera vez en muchos años, comenzó a faltar a reuniones y a retirarse de la

agitada actividad que demanda a un directorio una organización como esta.

El diagnóstico médico fue lapidario: *Esclerosis Lateral Amiotrófica* (ELA), un devastador mal que va postrando al afectado hasta imposibilitarlo de moverse y, finalmente, quitarle la vida.

Para fines del año 2004, el deterioro de don Eduardo era evidente y hacía presagiar lo peor. Intentamos mantener en reserva esta enfermedad y no molestarle con nuestra permanente necesidad de recurrir a él, pero se hacía imposible contener los deseos de llamar constantemente a su residencia, con la intención de saber de su estado, de esperar alguna mejoría, por leve que fuera. En los últimos meses, sin embargo, ya ni siquiera era capaz de contestar el teléfono por sí mismo, con su motricidad profundamente deteriorada. Hacia el final, le resultaba imposible ya incluso el acto de hablar.

El 2005 fue el año más difícil. Estar asistiendo regularmente a controles médicos no impidió que se presentaran complicaciones broncopulmonares serias. Precisamente, había salido de uno de estos chequeos, durante la mañana del lunes 20 de junio, cuando se cumplían sus últimas horas de vida.

Sereno y silencioso, mientras era conducido de vuelta a casa por su familia, hizo con sus manos un par de gestos pidiendo algo específico para almorzar, y los suyos alcanzaron a entender a qué se refería: empanadas y un poco de vino tinto. Fue la muy nacional y folklórica última cena de un gran chileno, un gran patriota y un gran hombre. Al terminar de comer, se recostó en su habitación y allí, en la tranquilidad del hogar, falleció.

Chile perdía, de este modo, a otro de sus más leales hijos y defensores.

Nuestro querido Director, ya ha ascendido a la más grande de las alturas, sobre una montaña de trabajo y esfuerzo que dejó bajo sus pies y con la que logró alcanzar la cima. Ha hecho cumbre en la Gloria, y nos ha señalado el camino para nuestras propias conquistas y aventuras. Allá en lo alto, como el faro en la altura de un morro, ilumina el camino de otros y guía al espíritu de todo patriota, tal cual lo hizo en vida.

Eduardo Rojas Ávila: el dolor por tu ausencia es la prueba de que siempre seguirás entre nosotros.

Chile agradece tu esfuerzo.